

de Cádiz, llevando consigo las divisiones de O'Donnell y la Carrera, y dejando el mando en jefe del resto de las tropas de Extremadura á don Gabriel de Mendizabal. A pesar de aquella desmembracion, que no parecia muy prudente, la guerra de Extremadura se mantuvo sin prosperidad notable para los enemigos.

Supo pues Massena, y en ello anduvo prudente, moderar sus ímpetus delante de Torres-Vedras, obrando contra su carácter en no embestir aquel inespugnable promontorio en tanto que no le llegáran refuerzos; y mérito no escaso tuvo en perseverar un mes entero en sus posiciones delante de tan poderoso y formidable enemigo, sufriendo sus soldados enfermedades, hambres y molestias de todo género. Admiró á todo el mundo la inmovilidad y la impasibilidad de Wellington, encerrado en sus líneas, fortificándolas más cada dia, y esperándolo todo de la paciencia y del tiempo. Era no obstante mucho mas ventajosa la situacion del ejército aliado, muy superior ya en número, abastecido de todo, seguro en su inmenso atrincheramiento, en medio de un país amigo, con una gran ciudad á la espalda, y libre el mar para comunicarse con Cádiz y con Inglaterra: mientras que el francés, amenazado á todo instante por el frente, hostigado por los costados y la espalda, sin medios de subsistencia, sin recibir siquiera un pliego desde que salió de Almeida, entre poblaciones enemigas, y á quinientas leguas de París, donde tenia que apelar y

recurrir para todo, hallábase en una de las situaciones mas críticas en que pueden verse un general y un ejército.

Y sin embargo no se movió Massena hasta que apuró todos los recursos de la comarca, y aun entonces no retrocedió á la frontera española, sino solo algunas leguas mas atrás, donde pudiera subsistir, y acaso atraer á los ingleses. Y aun esto lo hizo con tanta destreza y tan á las calladas, enviando delante los bagages y los enfermos (13 y 14 de noviembre), que cuando se apercibieron de ello los ingleses en la mañana del 15, ya los unos se habian alejado por el camino real de Santaren, los otros por la parte de Alcoentre. Wellington no se movió por eso, contentándose con enviar solamente dos divisiones, casi más en observacion que en persecucion del enemigo, cuyos intentos ignoraba. El 18 habian tomado ya los franceses las siguientes posiciones: el 2.º cuerpo en Santaren, detrás del rio Mayor; el 8.º sobre Aviella; el 6.º en Leiria y Thomar; el cuartel general en Torres-Novas: el general Loison pasó con su division el Ce-cére, y se apoderó de Punhete, donde le fueron llevadas las maderas y útiles que pudieron encontrarse para la construccion de puentes, necesarios para ponerse en comunicacion con España. En aquellas posiciones se proporcionaba el ejército francés bastimentos, y estaba en aptitud, ó de emprender sus operaciones por el frente, ó de pasar á la izquierda del Ta-

jo. Wellington, que ignoraba la fuerza que los enemigos tendrían en Santaren, envió al general Hill con dos divisiones y una brigada portuguesa (19 de noviembre), pero un movimiento de los enemigos hacia el río Mayor le convenció de que tenían allí más de una retaguardia, y ordenó á Hill (20 de noviembre) que hiciera alto en Chamusca, orilla izquierda del Tajo. El general inglés volvió á su sistema de inmovilidad y de espera, hizo acantonar algunas de sus tropas en Cartaxo y Alenquer, y durante la estación de las lluvias dedicóse á levantar nuevas líneas de defensa y una nueva cadena de fuertes.

En esta situación, y en tanto que el general Foy, corriendo mil peligros, atravesaba la península para ver é informar á Napoleon que lo ignoraba todo, los dos ejércitos y los dos insignes generales se observaban, se imponían mútuo respeto, y se temían recíprocamente. La vista de toda Europa estaba fija en ellos. Disputábase quién de los dos vencería al otro en perseverancia. Aunque era más ventajosa la posición de Wellington, no le faltaban dificultades con el gobierno portugués, y aun con el gobierno británico. Mas crítica la de Massena, carecía á las orillas del Tajo de todos los medios que en otro tiempo había tenido para asegurar el paso del Danubio: el suelo portugués no era el suelo de Austria, y en vano intentaba aquí buscar en Abrantes los recursos que allá le había suministrado Viena. Sin comunicaciones ni con Francia ni

con España, sin pan, con pocas municiones, casi sin maderas, ni hierro, ni herramientas para la construcción de los trenes de puentes que necesitaba para los pasos del Cecére y del Tajo, disgustados y poco sumisos los generales, aunque obediente y sufrida la tropa, alerta siempre al menor indicio, atento al más ligero rumor que pudiera indicar la aproximación de algún socorro por Castilla ó por Extremadura, fama adquirió sin duda el vencedor de Zurich, como ántes por su impetuosidad, ahora por su firmeza y su sangre fría.

Al fin, al mediar diciembre recibió el ejército francés el consuelo de ver llegar al general Drouet procedente de Castilla, aunque no con todo el 9.º cuerpo, sino con una sola de sus divisiones, mandada por Conroux, la cual, unida á la brigada de Gardanne que andaba por cerca de Almeida, componía una fuerza de 9.000 hombres. La otra división de 8.000 que guiaba Claparède, perteneciente al mismo cuerpo, no pudo llegar hasta más tarde, á pesar de algunas ventajas que obtuvo sobre el general portugués Silveira, haciéndole replegar la vuelta del Duero. Por Drouet recibió Massena despachos atrasados de Napoleon y otros escritos después de la ida del general Foy, en que aprobando su establecimiento sobre el Tajo, y excitándole á continuar en aquellas posiciones, le hacía galanas ofertas de socorros, pero contando entre ellos el cuerpo de Drouet, que el emperador suponía no ba-

jar de 30.000 hombres, cuando realmente estaba reducido á la mitad, así como los auxilios que de Andalucía habia de enviarle el mariscal Soult, y que tampoco llegaban. En tál estado se encontraba al comenzar el año 1811 y á los seis meses de la invasion el ejército expedicionario de Portugal, aquel ejército con que Napoleon se prometía arrojar á los ingleses de la península ibérica, y cuya campaña confiaba en que habia de traer la pronta y fácil terminacion de la guerra de España: y en tál estado le dejaremos por ahora, para dar cuenta de lo que entretanto habia acontecido en otros puntos.

Hemos tenido ya que decir lo que pasaba en las provincias rayanas ó fronterizas de aquel reino, Galicia, Castilla la Vieja y Extremadura, que por su inmediacion estaban con él mas en contacto. Por la propia razon enlazábanse las operaciones de Extremadura con las de Andalucía, ya dándose mano y ayuda los que defendian la misma causa, ya hostilizándose ó distrayéndose los que peleaban en contrarias huestes. Guerreábase con empeño á los dos lados de Cádiz, en el condado de Niebla, y en el campo de Gibraltar y serranía de Ronda; era comandante general en el primero de estos paises don Fernando Copons, y habíase dado el mando de los otros á don Francisco Javier de Abadía. El gobierno supremo desde Cádiz, y la junta de Sevilla desde Ayamonte fomentaban la lucha y la auxiliaban. Esta última habia formado en la pequeña isla de Ca-

nela en el Guadiana una especie de parque ó arsenal, donde se fabricaban ó componian fusiles, monturas, vestuarios y otros pertrechos, sirviendo al mismo tiempo de refugio á muchas familias de la comarca y de depósito para dispersos y aliados; y proyectóse tambien formar en ella, con las barquitas que habia y las que se armáran, una escuadrilla para resguardar los caños que la circundan. La Regencia desde Cadiz adoptó el sistema de enviar expediciones marítimas para fomentar la insurreccion en las comarcas vecinas, como hacía Porlier por su cuenta allá en las Astúrias.

Destinó la primera á la Serranía de Ronda á cargo del general don Luis Lacy, con mas de 3.000 hombres de buenas tropas, y divulgando que la expedicion se dirigia á Ayamonte, se hizo á la vela (17 de junio), y dió rumbo y desembarcó en Algeciras. No pudo Lacy ni tomar la ciudad de Ronda, donde los franceses se hallaban bien atrinchorados, ni realizar su plan de fortificar con castillejos ciertos parages de la Serranía, para lo cual necesitaba mas tiempo y mas desahogo que el que le dejaban los franceses. Animó no obstante con su presencia á los serranos, y ayudado de Aguilar, Valdivia, Becerra y otros imtrépidos gefes de partidas, así como de una columna que los ingleses enviaron en su apoyo, dió por aquella parte no poco que hacer á los enemigos. Mas reforzados éstos á su vez con tropas enviadas por los generales Vic-

jar de 30.000 hombres, cuando realmente estaba reducido á la mitad, así como los auxilios que de Andalucía habia de enviarle el mariscal Soult, y que tampoco llegaban. En tal estado se encontraba al comenzar el año 1811 y á los seis meses de la invasion el ejército expedicionario de Portugal, aquel ejército con que Napoleon se prometía arrojar á los ingleses de la península ibérica, y cuya campaña confiaba en que habia de traer la pronta y fácil terminacion de la guerra de España: y en tal estado le dejaremos por ahora, para dar cuenta de lo que entretanto habia acontecido en otros puntos.

Hemos tenido ya que decir lo que pasaba en las provincias rayanas ó fronterizas de aquel reino, Galicia, Castilla la Vieja y Extremadura, que por su inmediacion estaban con él mas en contacto. Por la propia razon enlazábanse las operaciones de Extremadura con las de Andalucía, ya dándose mano y ayuda los que defendian la misma causa, ya hostilizándose ó distrayéndose los que peleaban en contrarias huestes. Guerréabase con empeño á los dos lados de Cádiz, en el condado de Niebla, y en el campo de Gibraltar y serranía de Ronda; era comandante general en el primero de estos paises don Fernando Copons, y habíase dado el mando de los otros á don Francisco Javier de Abadía. El gobierno supremo desde Cádiz, y la junta de Sevilla desde Ayamonte fomentaban la lucha y la auxiliaban. Esta última habia formado en la pequeña isla de Ca-

nela en el Guadiana una especie de parque ó arsenal, donde se fabricaban ó componian fusiles, monturas, vestuarios y otros pertrechos, sirviendo al mismo tiempo de refugio á muchas familias de la comarca y de depósito para dispersos y aliados; y proyectóse tambien formar en ella, con las barquitas que habia y las que se armáran, una escuadrilla para resguardar los caños que la circundan. La Regencia desde Cadiz adoptó el sistema de enviar expediciones marítimas para fomentar la insurreccion en las comarcas vecinas, como hacía Porlier por su cuenta allá en las Asturias.

Destinó la primera á la Serranía de Ronda á cargo del general don Luis Lacy, con mas de 3.000 hombres de buenas tropas, y divulgando que la expedicion se dirigia á Ayamonte, se hizo á la vela (17 de junio), y dió rumbo y desembarcó en Algeciras. No pudo Lacy ni tomar la ciudad de Ronda, donde los franceses se hallaban bien atrinchorados, ni realizar su plan de fortificar con castillejos ciertos parages de la Serranía, para lo cual necesitaba mas tiempo y mas desahogo que el que le dejaban los franceses. Animó no obstante con su presencia á los serranos, y ayudado de Aguilar, Valdivia, Becerra y otros imtrépidos gefes de partidas, así como de una columna que los ingleses enviaron en su apoyo, dió por aquella parte no poco que hacer á los enemigos. Mas reforzados éstos á su vez con tropas enviadas por los generales Vic-

tor y Sebastiani, vióse obligado Lacy á refugiarse en la fuerte posición de Casares. Mudó luego de plan, y embarcándose en Estepona y Marbella, volvió á Algeciras y San Roque, donde le prestaba eficaz apoyo el comandante general del campo don Francisco Javier Abadía. Aun volvió Lacy á la banda de Marbella, cuyo castillo guardaba y defendía bravamente don Rafael Cevallos Escalera, hasta que acudiendo á aquellas partes gran golpe de gente enemiga, creyó prudente Lacy retornar á Cádiz (22 de julio), donde no habia de estar mucho tiempo descansado y quieto.

Solo estuvo el necesario para preparar otra expedición, que al cabo de un mes emprendió al condado de Niebla, llevando sus 3.000 hombres; y apoyado ahora por una escuadrilla sutil inglesa y española, desembarcó con su gente á dos leguas de la barra de Huelva (23 de agosto), con gran contento de la gente del pais, y tambien de Copons, comandante general del Condado. Pero unos y otros quedaron luego descontentos, mustios y hasta resentidos al ver á Lacy retirarse á los pocos dias; pues si bien es cierto que le amenazaban superiores fuerzas y que habia llenado su objeto de causar una diversion al enemigo, tambien lo es que los pueblos que se alentaron y comprometieron mas desembozadamente con su presencia, quedaron con su reembarco mas espuestos que ántes á la venganza del francés, y algunos sufrieron por esto trabajos y vejaciones. Otra vez de asiento Lacy en Cá-

diz, y de acuerdo con el gobierno y con otros gefes, hizo una salida camino del puente de Zuazo (29 de setiembre), en que logró destruir algunas obras del ejército sitiador.

Unos y otros, sitiados y sitiadores, continuaban perfeccionando las obras de tierra, y aumentando la cadena de fortificaciones en la línea del territorio que cada cuál dominaba. Reconocida tambien por unos y por otros la necesidad de los medios navales para operar en campos separados por mares, rios y caños de agua, unos y otros se dedicaron igualmente á fomentar cada uno por su parte la marinería, y principalmente las fuerzas sutiles. Los franceses talaron montes, y trajeron de Francia carpinteros, calafates y marineros, y diéronse á construir en Sanlúcar una flotilla, que repartieron entre este puerto, el Real y el de Santa María. Los nuestros á su vez dieron orden para que se trasladase allí la excelente marinería que habia en Galicia, y para que se recogiesen los soldados de marina que habian sido incorporados á los batallones de tierra, y ordenaron hacer pequeñas y frecuentes expediciones á Rota, Sanlúcar, Puerto Real, Conil y otros puntos, con objeto de destruir los barcos franceses. Unos y otros hacian acometidas á la opuesta costa, pero no podia competir la marina francesa con la española ayudada de la inglesa. En uno de aquellos ataques perdieron los franceses al distinguido general de artillería Senarmont. En esta tarea se invir-

tió por aquella parte el resto del año, sin operaciones de trascendencia.

El general Blake, que, como dijimos, había reunido al mando del ejército del centro el de las tropas de Cádiz y la Isla, propuso al consejo de Regencia, y éste accedió á ello, pasar á Murcia á fin de sosegar las disensiones y disturbios que agitaban aquella ciudad desde la invasión de Sebastiani, y que los enemigos fomentaban. En su virtud partió Blake de Cádiz (23 de julio), y tocando en Gibraltar arribó el 2 de agosto á Cartagena, de donde se trasladó inmediatamente á Elche, donde Freire tenia su cuartel general. Componíase entonces aquel ejército de cerca de 14.000 hombres, 1.800 ginetes, con 14 piezas de artillería, distribuidos entre Murcia, Alicante, Elche, Orihuela, Cartagena y otros pueblos de la comarca, con algunos cuerpos destacados en la Mancha, sierra de Segura y frontera de Granada. Uno de sus primeros actos fue conferir al general don Francisco Javier Elío la comandancia de Murcia; nombramiento tan acertado, que su presencia y su energía bastaron para restablecer en poco tiempo la tranquilidad en aquella desasegurada población. A ella se trasladó el 7 de agosto el cuartel general; Elío pasó con una división á Caravaca, y Freire se situó con otras en Lorca.

Sebastiani, que continuaba en Granada, ocupando los suyos á Guadix, Baza y Almería, propúsose dar un golpe decisivo á nuestro ejército del centro, y acor-

dándose de su primera y afortunada expedición á Murcia, partió otra vez en aquella dirección con todas sus fuerzas (18 de agosto). Informado Blake de este movimiento, preparóse á recibirle, ó mas bien á esperarle, y recomendando mucho la unión á los murcianos (si bien á los pocos días tuvo necesidad de decretar que el reino de Murcia se rigiese por un gobierno puramente militar), y ordenando á Elío que pasase á unirse con Freire en Lorca, adelantóse él á Alcántarilla con tres batallones y las catorce piezas. Aprovechando el buen espíritu del paisanaje de la Huerta, le distribuyó en compañías y secciones, y le reunió al ejército, encomendándole las obras de defensa que pudieran ejecutarse en el momento, entre ellas la de preparar, si era posible, la inundación de la Huerta con las aguas del Segura. Sebastiani siguió su marcha hasta encontrarse con los nuestros (26 de agosto), y continuó confiadamente hasta Lebrilla al ver que la caballería de Freire se iba retirando; evolucion que ejecutó con destreza este general. Paróse allí el francés al ver la actitud en que le esperaban los españoles, y hechos algunos reconocimientos, en vez de atreverse á acometer á Murcia, se replegó á Totana. Llevaba Sebastiani de 9 á 10.000 hombres con 17 piezas: no llegaban á este número los de Blake, pero teníanlos perfectamente distribuidos. Lo cierto es que intimidado el enemigo, evacuó á Totana, y emprendiendo un movimiento retrógrado por Lorca, donde co-

metió no pocos estragos y tropelías, volvióse sin detenerse á los acantonamientos de donde habia salido, sin recoger otro fruto de una expedicion que se habia imaginado tan fácil, que fatigar á sus soldados haciéndolos andar cerca de cien leguas en una estacion calurosa, dejando el reino de Granada espuesto á una sublevacion.

Despues de la frustrada invasion de los franceses no ocurrió en Murcia en todo setiembre suceso de importancia, sino movimientos y reencuentros parciales entre las partidas y puestos avanzados. En tanto que Blake se ocupaba en adiestrar el ejército y en mejorar las defensas y reparar los atrincheramientos de Murcia, las partidas de Villalobos, del coronel Martinez de San Martin y del brigadier Calvache inquietaban continuamente al enemigo por los confines y comarcas de Cuenca y de Jaen: por desgracia el valeroso Calvache fué muerto en Villacarrillo; tanto respetaban los enemigos á este distinguido gefe, que enviaron su cadáver á nuestro campo para que se le hiciesen los honores debidos á su conducta y á su reputacion: aplaudamos este rasgo de generosidad de nuestros adversarios. De otra clase eran las pequeñas partidas que andaban por la Mancha, cuyos escesos y demasías irritaban á las poblaciones y producian tales quejas, que obligaron á Blake á tomar sérias providencias para sujetarlas á cierto régimen y hacerlas entrar en su deber.

Parecióle á Blake encontrarse ya bastante fuerte para ir á buscar á Sebastiani en sus propios acantonamientos, y moviéndose el 20 de Murcia con las divisiones 1.^a y 3.^a, y marchando por los Velez, Blanco y Rubio, púsose el 2 de noviembre sobre Cúllar, que abandonaron los enemigos. Dejó allí alguna infantería con seis de las doce piezas que llevaba, y avanzó al dia siguiente á la hoya de Baza, donde encontró las avanzadas francesas, situándose él en las lomas que la dominan. Los enemigos tomaron tambien sus posiciones. Nuestra caballería mandada por Freire desembocó en el llano, protegida en sus flancos por numerosas guerrillas y por la partida de Villalobos, ganando bizarramente terreno y haciendo cejar tres escuadrones enemigos. Bajó entonces Blake de la altura con tres piezas y la mitad de la infantería. Mas cuando ya ésta habia desplegado en batalla, y cuando la caballería de Freire, acometida por 1.000 ginetes franceses, volvía serena y ordenadamente á apoyarse en nuestros infantes, la retaguardia de aquella comenzó á trotar y á desordenarse; nuestra infantería contuvo al pronto á los franceses con descargas á quemarropa, pero faltóle tambien la firmeza, y corrió á ampararse de la division que habia quedado en la altura, donde los enemigos se detuvieron. Perdimos en esta desgraciada accion (3 de noviembre) cinco piezas y sobre mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Poca fué la pérdida de los franceses. Por fortuna és-

tos no pasaron de Lorca, donde exigieron contribuciones y víveres, y el 8 se volvieron á Baza, ocupando Sebastiani en Granada á mediados de noviembre las mismas posiciones que ántes. Blake se replegó á Murcia, donde se dedicó á reorganizar las tropas y el paisanage, en tanto que se disponia á ir á desempeñar otro mas alto cargo á que le habia llamado la patria.

Este alto cargo era el de individuo del Consejo de Regencia, para el cual fué nombrado por las Córtes del reino. Fuera de la honra que en ello recibía, Blake siguió siempre el invariable principio de obedecer á la autoridad suprema y aceptar los puestos á que le destinaba. Y sin embargo no quiso abandonar su ejército hasta asegurar y dejar tranquila la provincia de Murcia. Conseguido esto, mandando por lo mismo que cesase el gobierno militar establecido en agosto y que volviera á regirse por las leyes comunes y ordinarias, dejando encomendado el mando del ejército al general Freire (20 de noviembre), y despidiéndose de unas tropas y de una provincia que quedaban sintiendo su separacion, partió á desempeñar su nuevo cargo, llegando á la Isla de Leon á principios de diciembre.

Nada podia adelantarse por la parte de Valencia, puesto que allí el general don José Caro, mas que en las cosas de la guerra pensaba en seguir abusando de su autoridad, y en cometer los mismos desafueros de

que ántes dimos ya cuenta. Frecuentemente llegaban quejas de su desatentado proceder al gobierno de Cádiz, no solo por parte de los valencianos, sino tambien de los aragoneses, como que se habia apoderado á mano armada de los socorros que la Regencia habia enviado á Aragon, y que consistian, entre otros artículos, en cuatro millones de reales y cuatro mil fusiles. Quejábanse tambien los eclesiásticos de que echaba mano de los bienes de la Iglesia sin ninguna formalidad. Respecto á operaciones, al ver el clamoré que contra él habia levantado la opinion pública por haber dejado á los franceses apoderarse impunemente de Morella, envió á don Juan Odonojú con 4.000 hombres, el cual por dos veces se aproximó á aquella plaza, y aun una de ellas llegó á intimar la rendicion al castillo; mas si en la primera sostuvo un choque algo vivo con los enemigos, en la segunda tuvo que retirarse apresuradamente y con descalabro. Instaba tambien á Caro el capitan general de Cataluña para que acudiese al socorro de Tortosa, amenazada de sitio por los franceses: movióse al fin el de Valencia, aunque tarde y despacio, llevando consigo 20.000 hombres, mitad de tropa y mitad de paisanage; mas como viniese á su encuentro Suchet, lejos de aguardarle replegóse á Alcalá de Gisbert, y de allí á Castellon y Murviedro.

• La Regencia, que habia llamado á Cádiz al marqués de la Romana, con objeto de enviarle á Valencia